

Criador; manantial inagotable de bondad, de dulzura, de amor y de misericordia; imágen perfecta del sagrado corazón de Jesucristo, mi Salvador, siempre sensible á nuestros males, siempre abrasado en el ardiente deseo de mi salvacion, siempre abierto á los que se refugian á él; dignate admitir mis humildes obsequios y mis vivos afectos de respeto y de veneracion. Virgen santa, madre de misericordia y madre del hermoso amor, haced que mi corazón sea semejante al vuestro; purificadle por vuestra poderosa intercesion; santificadle, desprendedle del amor de las criaturas, y el mismo fuego que abrasa el vuestro, abrase tambien el mio en el tiempo y por toda la eternidad. Amen. »

DIA VEINTE Y DOS.

SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR.

San Felipe Benicio, reputado comunmente por fundador de la religion de los servitas ó siervos de la Virgen, aunque, hablando con propiedad, como dice el martirologio, solo fué propagador, tuvo por patria á la ciudad de Florencia, y fué de la noble familia Beniti ó Benizi tan distinguida y respetada en todo el país. Nació por los años de 1224. Su padre Jacobo y su madre Albanda, igualmente recomendables por su piedad que por su nobleza, tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Dió el niño muy desde luego presagios ciertos de su futura santidad por lo apacible de su bello natural, por su inclinacion á la virtud, y sobre todo por una anticipada devocion á la santísima Virgen. Aun no tenia un año cuando llegaron á pedir limosna en la ciudad de Florencia algunos

religiosos servitas; luego que el niño los vió, desató el cielo su lengua, y exclamó milagrosamente: *Estos son los siervos de la Virgen*; prodigio que aumentó el amor y la atencion de sus padres, considerándole desde entonces como quien habia de ser con el tiempo la honra de toda la familia.

Despues que acabó la gramática y las letras humanas en Florencia, le enviaron á estudiar la medicina en París. Luego se hizo admirar en aquella universidad la viveza y la penetracion de su ingenio, la pureza de sus costumbres, y una prudencia extraordinaria, poco regular en los mozos de su edad. Restituyóse á Italia, y pasó á continuar el mismo estudio en la universidad de Padua, donde recibió la borla de doctor. Vuelto á Florencia, lejos de dejarse deslumbrar de las brillantes esperanzas que le lisonjeaban, resolvió aspirar á otra gloria mas sólida. Andaba deliberando sobre el estado que abrazaría, cuando un jueves de la octava de Pascua entró á oír misa en la capilla de los servitas de Florencia. Era puntualmente la epístola del día la historia de la conversion de aquel eunuco de la reina de Etiopia, y le hicieron grande impresion aquellas palabras del Espíritu Santo al diácono Felipe: *Felipe, acércate á este carro*, pareciéndole por la conformidad del nombre que se las decian á él. Ocupado enteramente con estos pensamientos, se retiró á su casa, y pidió muy de veras á la santísima Virgen que le diese á conocer la voluntad de Dios, pasando en oracion hasta la media noche. En ella tuvo la vision siguiente. Parecióle que se hallaba en medio de una vasta y desierta campiña, donde no veia mas que precipicios, peñascos, rocas escarpadas, lodazales, serpientes, espinas y lazos tendidos por todas partes. Atemorizado con tan espantosa vision, comenzó á dar gritos con todas sus fuerzas, pero sin volver del raptó. Sosególe presto la santísima Virgen, que se le apare-

ció sobre un resplandeciente carro, rodeada de ángeles y de bienaventurados; y repitiéndole las mismas palabras que habia oido en la misa, le dijo: *Felipe, acercate, y júntate á este carro*, mandándole se entrase en la religion de los servitas, que se acababa de fundar, figurada por aquel carro misterioso.

Contaba solos quince años de fundacion aquel religioso órden, tan fecundo en santos, y tan digno de veneracion, sobre todo por la especial profesion que hace de servir á la santísima Virgen, y honrarla con culto muy particular, habiendo sido su cuna el Monte Senario, á tres leguas de Florencia, adonde se habian retirado siete mercaderes de la misma ciudad, y servian á Dios de comunidad bajo la proteccion de la santísima Virgen, tomando el título de siervos de Maria. Acababan de fundar un hospicio á las mismas puertas de Florencia con una capilla muy reducida, en la cual habia oido Felipe la misa el dia antecedente. No dudando ya que Dios le llamaba á aquella religion que se iba formando, luego que amaneció, se fué al hospicio, y arrojándose á los piés del P. Bonfilio, uno de los primeros fundadores á quien los demás voluntariamente se habian sujetado, nombrándole por superior, le suplicó con mucha instancia y con no menor humildad le admitiese en su congregacion al número de los hermanos legos. No conocia el P. Bonfilio, ni la calidad, ni los talentos del pretendiente, y así le admitió sin dilacion en la humilde clase que él mismo solicitaba, enviándole á Monte Senario para que se ocupase en los oficios mas abatidos de la casa y en las labores del campo. Ninguna cosa era mas conforme á los deseos de su profunda humildad; y supo disimular con tanta destreza así su sabiduria como su noble nacimiento, que ninguno pudo descubrir en él sino un gran fondo de juicio, de prudencia y de virtud, que se hacia reparar no sin admiracion.

Su mortificacion era extremada; y como si no bastasen para domar su cuerpo los excesivos trabajos de sus ocupaciones, añadía otras penitencias que espantarían á los mas robustos. Las ocupaciones exteriores no interrumpian ni su continua oracion, ni su íntima union con Dios. Repartía el tiempo con tanta economía, que siempre le sobraban muchas horas para pasarlas en oracion delante de una imágen de la santísima Virgen, y para retirarse á una gruta poco distante de la iglesia, en la cual acompañaba la meditacion de la pasion del Salvador con mortificaciones voluntarias, olvidando las necesidades del cuerpo hasta pasar tres dias enteros sin alimento. Consolábase con la esperanza de pasar así toda su vida trabajando en la propia santificacion á favor de una vida desconocida y oscura, cuando los superiores, reconociendo en él una prudencia extraordinaria, acompañada de una eminente virtud, le enviaron á Sena para que tuviese la inspeccion de una casa de la órden que se estaba fundando en aquella ciudad. Tenia consentido en que siempre se podría mantener en el humilde estado de lego; pero una conversacion que tuvo en el camino de Sena con dos padres dominicos hizo traicion á su humildísimo espíritu. Descubrieron en él una capacidad tan superior y unos talentos tan raros, que al instante representaron á sus superiores el agravio que se hacian á sí mismos y á toda la Iglesia en tener escondida aquella resplandeciente antorcha debajo del celemin, persuadiéndolos á que tratasen de elevarle al sacerdocio. Fácilmente descubrieron ellos mismos este tesoro escondido luego que le examinaron; y sin dar oídos ni á la resistencia de su humildad, ni á sus ruegos ni á sus lágrimas, consiguieron dispensa de Roma para elevarle á los órdenes sagrados. Apenas fué visto en el altar cuando su eminente santidad se abrió camino, y rompió todos los velos

con que hasta entonces se habia procurado cubrir para ocultar su raro mérito. Inmediatamente le fueron ascendiendo sucesivamente por todos los empleos de la órden; hiciéronle definidor, despues asistente, y en fin general de toda ella. Ninguno lo mereció mas, y ninguno se tuvo por menos digno de serlo. Puso en ejecucion todos euan tos medios supo y pudo para eximirse del cargo, pero no fué oído. Conoció entonces que habia otra voluntad superior á la suya, y se rindió á la disposicion de la divina Providencia á que ya no podia ni debia resistirse. Aplicóse principalmente á extender el culto de la santísima Virgen, que era el fin primario de su sagrado instituto. Aunque se habian pasado ya treinta y cinco años desde los primeros principios de la órden, apenas habia hecho progresos, reduciéndose toda ella á una casa y á dos ó tres hospicios pequeños; pero luego que nuestro santo fué visto á la frente de su congregacion, el mérito del general la hizo célebre y famosa. Concurrian de todas partes en tropas á ponerse bajo su direccion; la mayor parte de las ciudades clamaban por sus hijos, y nuestro santo dió tanto vuelo y tanta reputacion á su órden, que, aunque fué el quinto general de ella, todos convienen en considerarle como á su fundador. No contribuyó poco á esto un milagro que obró haciendo un viaje á Roma. Encontró en el camino á un pobre leproso casi enteramente desnudo; no teniendo oro ni plata que darle, se despojó de su túnica, echóselá á cuestras, y en el mismo instante quedó el leproso totalmente limpio y perfectamente sano. Encargóle, rogóle y conjuróle Felipe que no publicase esta maravilla; pero pudo mas el agradecimiento del leproso que la humildad del santo. Mas el lance donde resplandeció con asombro su modestia fué cuando huyó de la primera dignidad de toda la Iglesia por muerte del papa Clemente IV. Estaba la

sede apostólica vacante habia cerca de tres años; juntos los cardenales en Viterbo, no podian convenir en la eleccion, cuando de repente conspiraron todos en elegir al general de los servitas, como al sugeto mas digno que entonces se conocia. Luego que el santo llegó á entender este proyecto, secretamente se huyó á las montañas mas ásperas del territorio de Sena, no llevando consigo mas que un religioso confidente suyo, de quien se podia fiar con toda seguridad. Allí estuvo escondido en las concavidades de los riscos hasta que supo haberse ya dado un nuevo pontífice á la Iglesia, que fué el papa Gregorio X. Fué gratísimo á nuestro santo aquel casual retiro, viéndose en la soledad á que aspiraba siempre su humilde corazon, y que tenia tantos atractivos para él, logrando la tranquilidad de aquel sosiego para entregarse todo el tiempo á la oracion. Abandonóse enteramente á los rigores de una penitencia excesiva; su ayuno era austerísimo y continuo; su alimento yerbas silvestres y desabridas; su bebida un poco de agua, y aun esta se le acabó presto, habiéndose secado el manantial por la calidad de aquel árido terreno. Pero se dice que, habiéndole herido tres veces con el báculo, lleno de confianza y de fe, brotó un chorro tan copioso, que formó una especie de lago, al cual desde entonces se le da el nombre de los *Baños de san Felipe*, conservándose hasta el dia de hoy en el monte llamado *Montagrate*, y se atribuye á los méritos de nuestro santo la virtud de aquellas aguas para curar muchas enfermedades.

En aquel retiro fué donde le dió á entender el Señor ser su voluntad que llevase su nombre á otras provincias, y extendiese en los países extranjeros el culto y la singular devocion que profesa su órden á la santísima Virgen. Con efecto, luego que salió del desierto, nombró un vicario general de Italia en su

lugar, y él se fué con dos religiosos á publicar en otras partes las grandezas de la Madre de Dios, predicando al mismo tiempo penitencia. Comenzó por Francia, donde se vió con admiracion el prodigioso fruto que hacian sus sermones, especialmente en las ciudades de Aviñon, Tolosa y Paris, donde fué recibido como un nuevo profeta. Pasó á los Países Bajos, á Frisia, á Sajonia, á la superior Alemania, publicando en todas partes las grandezas de la santísima Virgen, despertando, aumentando y propagando en todas ellas el culto y la tierna devocion á la Madre de Dios.

Empleó dos años en esta apostólica mision; y vuelto á Italia, convocó un capítulo general en Burgo, donde no perdonó diligencia alguna para que le admitiesen la renuncia del generalato. Lejos de admirtírsela, todos los vocales á una voz le declararon por general para toda la vida. Viéndose, pues, obligado á mantener el empleo y á perfeccionar su instituto, pasó al concilio general de Leon para solicitar su aprobacion, y la consiguió con todas las gracias y elogios que merecia instituto tan sagrado. Restituido á Italia, pacificó la ciudad de Pistoia, cruelmente despedazada tiempo habia por los sangrientos bandos de guelfos y gibelinos. Con igual felicidad trabajó en pacificar las turbaciones de Florencia, y redujo los habitantes de Forli á que volviesen á entrar en la obediencia del papa Martino IV. A la verdad, su ardiente zelo le hizo sufrir muchas humillaciones y trabajos. No pudiendo sufrir los rebeldes la vehemencia de sus sermones, se echaron sobre él, le desnudaron vergonzosamente, le azotaron por las calles públicas y le arrojaron ignominiosamente de la ciudad; pero no fué sin fruto su paciencia. Uno de los que mas le habian maltratado, llamado Peregrino, se movió, se arrepintió y escogió la misma orden de nuestro santo para teatro de su penitencia. La que hicieron

algunas mujeres perdidas que se convirtieron precisamente á vista de su modestia, fué un noble testimonio de que en los santos todo es sermón, y todo es eficaz.

Debilitada extraordinariamente su salud al peso de sus trabajos y al rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin. Aunque desfallecido y sin fuerzas, pasó de Florencia á Sena, y de Sena á Perusa, donde recibió la bendicion del papa Honorio IV; y habiendo obtenido nuevos privilegios para su orden, se encaminó á Todi, cuyos moradores le salieron al encuentro con ramos de oliva en las manos para recibirle como en triunfo. Entró en la iglesia de su convento, y postrado delante del altar de la santísima Virgen, exclamó: *Este será para siempre el lugar de mi reposo.* Asaltóle una calentura el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, y pasó toda la octava en continuos actos de amor de Dios, de afectos á la santísima Virgen y de dolor de sus pecados. El último dia de la octava mandó que le administrasen los sacramentos, y despues se quedó por tres horas como muerto. Vuelto de aquella especie de desmayo, dijo que el demonio habia hecho todos los esfuerzos que pudo para perderle, pero que la proteccion de la santísima Virgen le habia librado de aquel peligro. Pidió despues su libro, que así llamaba al crucifijo, y aplicándole al pecho estrechamente, entregó el alma al Criador el dia 22 de agosto de 1284, aunque su fiesta se fijó al dia 23 por concurrir el 22 la octava de la Asuncion. Tres dias enteros estuvo el santo cuerpo sin ser posible darle sepultura por el innumerable concurso de la gente; y el año de 1670 le canonizó el papa Clemente X con las solemnidades acostumbradas.

SAN HIPOLITO, OBISPO, DOCTOR DE LA IGLESIA Y
MÁRTIR.

Este ilustre doctor de la Iglesia florecia á principios del tercer siglo. San Jerónimo dice no haber podido saber de qué ciudad era obispo; mas Gelasio, en su libro de las dos naturalezas de Jesucristo, le llama metropolitano de la Arabia. Segun refiere Focio, fué discipulo de san Ireneo, como tambien de Clemente, y maestro de Origenes. Por Eusebio y san Jerónimo sabemos que escribió comentarios sobre muchas partes de la Escritura, á cuyo ejemplo hizo despues Origenes lo propio. Existia una coleccion de sus homilias en tiempo de Teodoreto, quien cita muchas de ellas: tambien habia una carta de él á la emperatriz Severa, mujer de Filipo, en la cual trataba del misterio de la Encarnacion y de la resurreccion de los muertos. En su obra contra Noeto, de la que nos queda una parte considerable, prueba claramente la distincion de personas en la Trinidad, la divinidad del Hijo de Dios, la distincion de naturalezas en Jesucristo, y en lo sucesivo se sirvieron de su autoridad con grande éxito contra los eutiquianos. Compuso una crónica que acababa en el año de 222, la cual no ha podido hallarse en ninguno de los manuscritos griegos conocidos. Su ciclo pascual, que fija el tiempo en que debe celebrarse la fiesta de Pascua por el espacio de diez y seis años, empezando en el primer año de Alejandro Severo, es la obra mas antigua que tenemos sobre esta materia. Tambien tenemos algunos fragmentos de sus comentarios sobre la Escritura, y su homilia de la Teofania ó Epifania, en la cual habla principalmente del bautismo de Jesucristo y de los maravillosos efectos del sacramento de la regeneracion. Es sensible la pérdida de su tratado sobre el

ayuno del sábado, cuyo titulo era: *Si un cristiano debe comulgar todos los dias*; la de los himnos sobre la sagrada Escritura; la de los libros *del origen del bien y del mal*; la de los compuestos contra Marcion, *contra las herejias*, etc. En esta última obra, refutaba treinta y dos sectas, contando desde los Dositeanos hasta Noeto, quien confundia las personas en la Trinidad, dogmatizando en Esmirna en 245. Hé aquí el juicio de Focio sobre nuestro padre y doctor: « San Hipólito dice que estas treinta y dos sectas habian sido refutadas por san Ireneo, y que él ha reunido en un librito los razonamientos de este padre. Su discurrir es claro y grave; nada dice que no vaya á su blanco; bien que no se hallen en él las bellezas del estilo atico. »

En las excavaciones hechas en 1551 cerca de la iglesia de San Lorenzo, fuera de Roma, carrera de Tivoli, se halló entre las ruinas de una iglesia antigua de San Hipólito, distinto de aquel cuya vida escribimos, una estatua de mármol que representaba á nuestro santo sentado en una cátedra, en cuyos lados habia grabados en caracteres griegos dos ciclos, de ocho años cada uno. Tambien se halló una tabla de los titulos de las obras que positivamente se sabe son de san Hipólito. La estatua está al presente en la biblioteca del Vaticano.

Descubrióse y publicóse en 1661 el libro del Antecristo, compuesto por san Hipólito, del que hacen mencion Eusebio, san Jerónimo y otros. No hay duda que es la misma obra que la anunciada por Focio. Da en ella el santo doctor, segun Daniel y demás profetas, las señales por las que se reconocerá al Antecristo que ha de venir antes del fin del mundo.

San Jerónimo llama á san Hipólito *Hombre santísimo y elocuentísimo*. San Crisóstomo y otros escritores eclesiásticos le apellidan *manantial de luz, testigo*

fiel, doctor santísimo, varón lleno de dulzura y de caridad. Teodoreto le pone en la misma clase que á san Ireneo, llamando á ambos *las fuentes espirituales de la Iglesia.*

San Jerónimo y otros autores antiguos le califican de obispo y mártir; y algunos martirologios ponen su muerte en el reinado de Alejandro, que murió en 235. Verdad es que Eusebio y san Jerónimo le suponen haber florecido en tiempo de este príncipe; mas san Gregorio Turonense y otros antiguos citados por Du Cange y Schelstrate dicen que recibió la corona del martirio durante la persecucion de Decio en 251. Ruinart y Berti han adoptado este parecer, fundados principalmente en que el santo refuta la herejía de Noeto que despuntó hácia los años 245.

Los martirologios del octavo siglo, Jorje el Synelle, Zonasio y Anastasio dicen que san Hipólito fué obispo de Porto en Italia.

Por los escritos de san Hipólito se ve que los fieles de la primitiva Iglesia nunca perdían de vista los juicios de Dios; carácter, segun san Juan Climaco, del verdadero discípulo de Jesucristo. Así se mantenían continuamente en el santo temor de Dios y en la compuncion; se conservaban atentos en velar sobre todas sus acciones y en referir al Señor todas sus obras; se animaban al desprecio de los falsos bienes de este mundo, á sufrir gozosos los tormentos y la muerte mas cruel antes que consentir en el pecado. Este pensamiento los sostenía principalmente en las tentaciones conforme á la máxima de san Basilio: *Si sois tentados, pensad en aquel tribunal formidable ante el cual comparecerán todos los hombres.*

LA CONMEMORACION DE SAN FABRICIO Y SINFORIANO.

En este día hace conmemoracion el martirologio romano de san Fabriciano y Sinforiano con la expresion que padecieron en España, sin especificarnos el lugar de su triunfo, ni géneros de martirio que sufrieron. El cardenal Baronio en las notas á dicho martirologio observa constante la memoria de estos héroes españoles en las tablas de la santa iglesia de Toledo. Pero sin embargo de que ni el martirologio ni Baronio nada nos dicen de la vida y martirio, constando como consta su culto continuado en la nacion, interesados algunos escritores patrios en el descubrimiento de sus actas, á pesar de la pérdida de monumentos antiguos, muy natural en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas irrupciones enemigas, escriben fueron naturales de la provincia carpentana; y que, retirados del siglo, siguieron el tenor de la vida cenobítica en la antigua ciudad Titulcia, hoy Bayona, pueblo cerca del real sitio de Aranjuez. Esto acreditan las dos pinturas, que se ven en el día en la iglesia del mismo pueblo, donde se representan vestidos los santos con hábito de monjes; los cuales, segun nos dicen los mismos escritores, padecieron martirio en la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano en el día 22 de agosto en que de ellos hace memoria.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La octava de la Asuncion de la bienaventurada virgen Maria.

En Roma, camino de Ostia, la fiesta de san Timoteo, mártir, que fué preso por Tarquino, prefecto de la

ciudad, y atormentado con un largo encarcelamiento; mas no habiendo querido sacrificar á los ídolos, fué azotado tres diferentes veces, y habiendo padecido otros suplicios muy crueles, fué por último decapitado.

En Porto, san Hipólito, obispo, ilustrísimo por su erudicion, quien, por haber confesado la fe brillantísimamente bajo el emperador Alejandro, fué precipitado atado de piés y manos en un hoyo profurdo lleno de agua, alcanzando así la palma del martirio. Los cristianos sepultaron su cuerpo en el mismo lugar.

En Autun, san Sinfriano, mártir, que, habiéndose negado, en tiempo del emperador Aureliano, á sacrificar á los ídolos, fué primero azotado, luego encarcelado, y consumó al fin su martirio perdiendo la cabeza á filos de la espada.

En Roma, san Antonino, mártir, que, confesando á voz en grito ser cristiano, fué condenado por el juez Vitelio al degüello, como se verificó; y su cuerpo fué enterrado en la via Aurelia.

En Porto, san Marcial, san Saturnino, san Epitecto, san Mapril, san Félix y compañeros, todos mártires.

En Nicomedia, el suplicio de san Agatónico, san Zótico y compañeros, mártires, bajo el emperador Maximiano y el presidente Eutolomo.

En Tarsia, san Atanasio, obispo y mártir; santa Antusa, noble matrona bautizada por dicho santo, y doce sirvientes suyos, que padecieron bajo el poder de Valeriano.

En Reims, san Mauro y compañeros, mártires.

En España, san Fabricio y san Filiberto, mártires.

En Pavia, san Gunifort, mártir.

En Montelon, diócesis de Autun, san Eptadio, mártir, bajo cuya advocacion existía una iglesia en el siglo diez.

En Todi, el tránsito de san Felipe Benicio, quinto general de los servitas, el cual cursó en Paris

En dicho dia, los santos mártires Or, Orópsides Ireneo.

En Neocesarea en el Ponto, los santos mártires Nectario y Sevo.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor del santo la siguiente :

Deus, qui per beatum Philip-
pum, confessorem tuum, exi-
mum nobis humilitatis exem-
plum tribuisti; da famulis tuis
prospera mundi ex ejus imita-
tione desplicere, et celestia
semper inquirere. Per Domi-
num nostrum...

O Dios, que por medio de tu
confesor el bienaventurado Fe-
lipe nos diste tan grande ejem-
plo de humildad; concede á tus
siervos la gracia de menospre-
ciar todas las dignidades de la
tierra, y de aspirar siempre á
los bienes del cielo. Por nuestro
Señor....

La epístola es del cap. 24 de la Sabiduria, y la misma que el dia XV, pág. 325.

NOTA.

« Todas las expresiones de esta epístola son figura-
das segun el estilo de los Orientales. *Eché raíces* se en-
tiende aqui fijarse en el pueblo que honró Dios con su
eleccion; y este pueblo significa las almas de los san-
tos. Todos los árboles y todas las flores odoríferas de
que se hace mencion, son simbolos de las virtudes de
la santísima Virgen; así como en el pueblo hono-
rificado están figurados sus devotos. »

REFLEXIONES.

El que me crió descansó en mi tabernáculo. En estas
palabras se comprenden todos los mayores elogios
que se pueden decir de la Madre de Dios. Admirámo-